

F1226

Z3

v.6



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156065

Imprenta de Henrich y C.^a en comandita; Pasaje Escudillers, 4 — Barcelona

HISTORIA DE MÉJICO

CAPÍTULO PRIMERO.

SIGLO XIX.

Continúa el gobierno del virey Marquina.—Va á Veracruz para reconocer las fortificaciones.—Forma un acantonamiento en Jalapa.—Pone en libertad á los prisioneros ingleses que habia en Veracruz.—Es atacado y muerto por una fuerza del coronel español Calleja, el aventurero norte-americano Nolland.—Se establece por orden del virey un acantonamiento en San Luis Potosí.—Se celebra la paz con Inglaterra.—Quincuagésimosexto virey D. José de Iturrigaray.—Visita las minas de Guanajuato y recibe muchos regalos.—Colocacion de la estatua ecuestre de Carlos IV; mérito de ella; su altura y el peso del metal que se fundió para la obra.—Actos de codicia de Iturrigaray.—Da impulso á las obras materiales.—Se decreta la desamortizacion de obras pías.—Marcha progresiva del país en su prosperidad.—Se establece el uso de la vacuna.—Cantidad de plata y de oro que se acuñó en la casa de Moneda de Méjico en 1805.—Guerra entre Inglaterra y España, motivada injustamente por la primera.—El virey establece un acantonamiento en las villas próximas á Veracruz.—Iturrigaray marcha varias veces á Veracruz á reconocer las fortificaciones.—Se establece un nuevo periódico.—Se da á conocer el tratado celebrado entre Napoleón y el rey de España y las miras ambiciosas del primero.—Sucesos de Aranjuez y caída de Godoy.—Guerra entre España y Francia.—Entusiasmo que causa en Mé-

jico la proclamacion de Fernando VII.—El público sospecha que el virey ha recibido con desagrado la nueva.—Se reciben nuevas noticias con la renuncia de la familia real á la corona, cediendo esta á Napoleon.—Sensacion que esta noticia causa.—Se determina no dar cumplimiento á ninguna de las disposiciones emanadas de Napoleon. — Representacion del Ayuntamiento de Méjico y objeto de ella.—El virey la pasa al acuerdo, el cual comprende sus tendencias.—Vuelve el Ayuntamiento á presentarse al virey.—Palabras del oidor Aguirre al virey tratando de que desechase la proposicion del Ayuntamiento.—Se recibe en Méjico la noticia del levantamiento de España contra Napoleon.—Entusiasmo que causa la noticia y ofrecimientos que la juventud mejicana hace al virey.

Desde 1801 hasta 31 de Julio de 1808.

1801. El siglo XIX que estaba destinado á presenciarse escenas conmovedoras, combates sangrientos y cambios sorprendentes en la política y los gobiernos, empezó á correr tranquilamente para los habitantes de la Nueva-España, que muy pronto debian ser actores en el importante drama político y social que tendria por teatro el hermoso suelo en que vivian.

La guerra entre Inglaterra y España seguia sin que en ella hubiese hechos de notable importancia. Sin embargo, el virey Marquina, juzgando prudente estar prevenido para cualquiera eventualidad, marchó al puerto de Veracruz, en Marzo de 1801, con el objeto de reconocer las fortificaciones del castillo de San Juan de Ulua, y poner la plaza en buen estado de defensa. Hecho el reconocimiento y juzgando conveniente colocar fuerzas suficientes en un punto próximo para acudir inmediatamente en auxilio de la plaza, en caso de presentarse la escuadra inglesa, mandó reunir las compa-

ñías de granaderos de seis regimientos de tropas provinciales, formando con ellas una fuerza de ochocientos hombres que mandó que se situasen en Jalapa, punto de benigno clima, formando así un acantonamiento de gente escogida, pronta á acudir al sitio del peligro en el momento preciso. Las compañías de cazadores, pertenecientes á los mismos regimientos, formaron la guarnicion de Méjico, ascendiendo su número á mil hombres.

El virey Marquina habia sido hecho prisionero por los ingleses cuando se acercaba á la Nueva-España para encargarse del vireinato, y fué conducido á Jamaica. Allí vió lo mucho que sufrían los prisioneros españoles, y cuando el gobernador inglés le dejó en libertad para que pasase á Méjico, se propuso hacer todo lo posible por mejorar la triste situacion de sus compatriotas. Esperando que un acto de generosidad de su parte seria correspondido con otro, puso en libertad á los prisioneros ingleses que habia en Veracruz. No se engañó en su cálculo. El gobernador de Jamaica, no queriendo ser menos hidalgo que el gobernante español, hizo lo mismo con los prisioneros españoles que habia en la plaza.

Poco tiempo despues se presentó en la provincia de Nuevo-Santander, un aventurero norte-americano llamado Felipe Nolland, tratando de formar un establecimiento en aquellos fértiles terrenos. Activo y afanoso de prontas riquezas, empezó á comerciar en caballos, que eran muy baratos en la Nueva-España, por la abundancia que habia de ellos, y á enviarlos á los Estados-Unidos. Avisado el virey Marquina de ese hecho que le alarmó, pues el envio de caballos podia tener un objeto siniestro, así co-

mo de que introducía grandes mercancías de contrabando dió orden á D. Félix Calleja, comandante de la brigada situada en San Luis Potosí, para que procurase prender al aventurero Nolland. Las disposiciones tomadas para lograr el objeto, dieron el resultado que se deseaba. Nolland fué atacado impetuosamente por una fuerza al mando del teniente Miguel Muzquiz, y perdió la vida en la acción. Sus compañeros, parapetados en dos fortines que habian construido, siguieron batiéndose; pero fueron tomadas las fortificaciones, y hechos prisioneros los que las defendian. El virey para impedir cualquiera invasión que se intentase por aquel punto y evitar al mismo tiempo el contrabando, situó un acantonamiento en San Luis Potosí, compuesto de varios cuerpos de milicias, bajo el mando del activo Calleja.

1802. Entre tanto las cuestiones entre Inglaterra y Francia habian ido tomando un carácter menos hostil, y el 9 de Setiembre de 1802, se publicó en Méjico la paz entre las dos naciones, firmada el 27 de Marzo del mismo año. En el anterior se habia celebrado tambien con Portugal, motivo por el cual se le dió al ministro D. Manuel Godoy el título de *Príncipe de la Paz*. El comercio y el ramo de minería cobraron extraordinaria vida en la Nueva-España con la terminación de las hostilidades, pues entraron numerosas mercancías europeas de que habia extrema escasez, y el azogue bajó del subido precio que tenia.

1803. El gobernante Marquina que habia visto desaprobadas por el ministerio algunas de las providencias que habia tomado en la convicción de que eran bue-

nas y convenientes, suplicó al monarca que le permitiese dejar el mando. Obsequiado el deseo, se nombró por sucesor suyo á D. José Iturrigaray.

El pundonoroso gobernante volvió á España sin dejar quejosos en el país que habia gobernado con probidad y pureza.

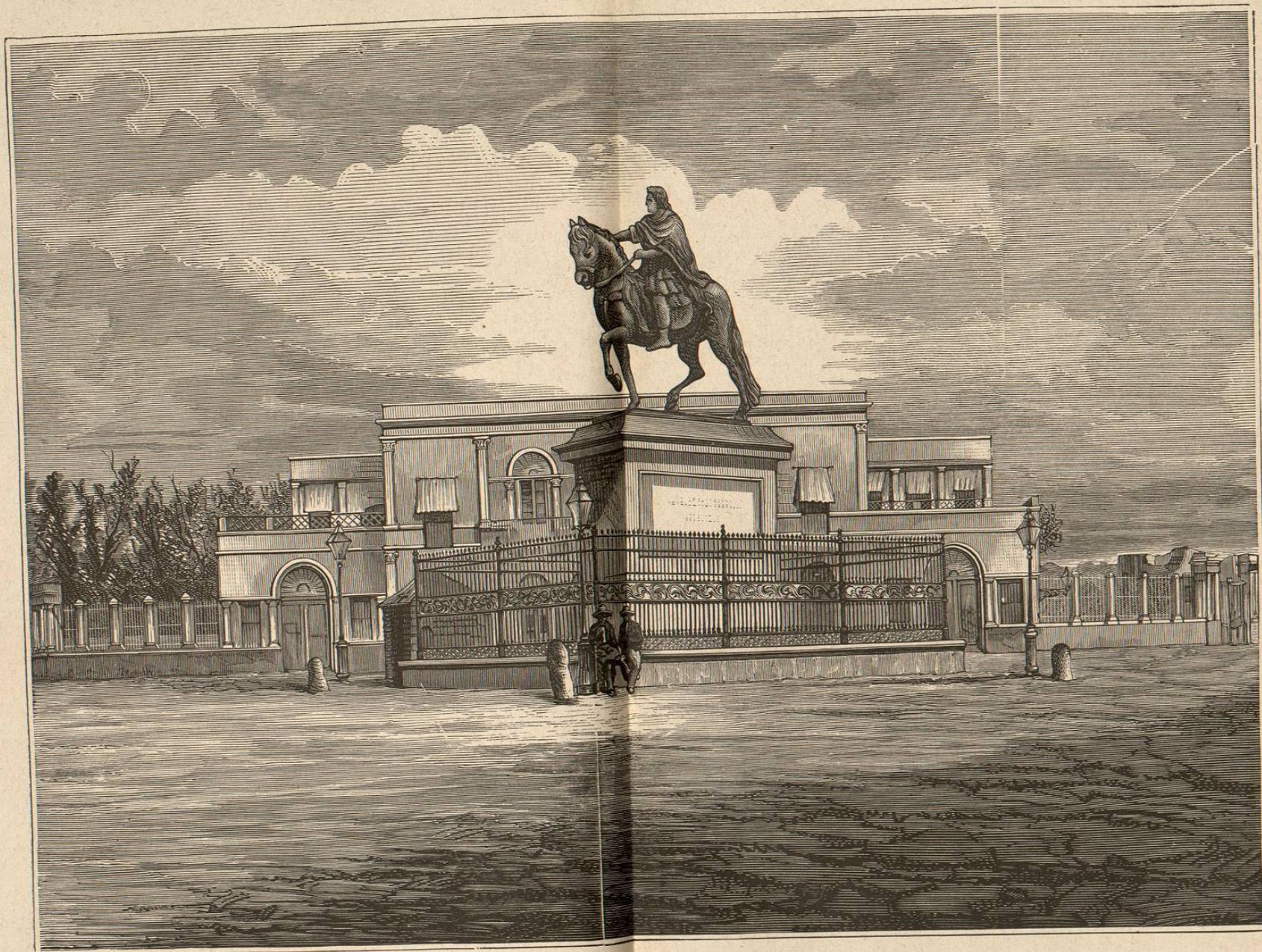
Quincuagésimo virey
D. José
de Iturrigaray. El nuevo virey D. José de Iturrigaray, llegó á Méjico el 4 de Enero de 1803 en compañía de su esposa D.^a María Inés de Jáuregui y Arístegui. Era natural de Cádiz, y pertenecía á una familia de regular posición social, pero no ilustre. Dedicado á la carrera de las armas, se habia distinguido por su valor, como coronel de Carabineros Reales en la guerra entre España y Francia, al principio de la revolución francesa en 1792. No fueron, sin embargo, los servicios prestados en la expresada campaña, los que le alcanzaron el distinguido puesto del vireinato de la Nueva-España, sino el favor de D. Manuel Godoy, que gozaba del valimiento de Carlos IV. El pensamiento que acarició en su mente desde el instante que recibió el nombramiento de virey, fué no descuidar circunstancia ninguna que se le presentase favorable para formar un caudal respetable. Su pensamiento lo puso en planta al disponerse á partir para la Nueva-España. Solicitó del gobierno que se le permitiese llevar, sin hacer, la ropa suya y de su familia, que no habia tiempo para hacerla por estar próximo el día de su viaje, y concedida la solicitud, introdujo con ese pretexto en Veracruz, sin pagar derechos ningunos, un cargamento de efectos que, vendido en el mismo puerto, produjo la suma de 119,125 duros. Su primer acto, co-

mo se ve, fué una defraudacion de las rentas reales (1).

Hecho cargo del mando, se informó del estado que guardaban las diversas provincias del reino, y dictó algunas providencias de poca importancia para ser mencionadas.

Habiendo oido ponderar la abundante riqueza de las minas y deseando conocerlas, hizo un viaje á Guanajuato. En su tránsito, los habitantes de las poblaciones salian á verle llenos de regocijo, y los ayuntamientos de Querétaro, Celaya, Salamanca é Irapuato le obsequiaron como si hubiera sido el mismo soberano. La ovacion que alcanzó al entrar en Guanajuato fué notable. Los operarios que trabajaban en las minas del marqués de Rayas, unidos á un número crecido de la plebe, salieron á recibirle á la Cañada de Marfil, y desunciendo las mulas de su coche, estiraron el carruaje. Alojado en la casa del conde de Perez Galvez, recibió las felicitaciones de las personas mas notables y las muestras de simpatía de la sociedad entera. Queriendo conocer las minas llamadas de Valenciana y Rayas, pasó á visitarlas en medio de un numeroso concurso que anhelaba acompañarle. Los dueños de ellas le hicieron cuantiosos regalos, y la diputacion de minería le hizo un presente de mil onzas de oro. En su tránsito de Méjico á Guanajuato, concedió al ayunta-

(1) Se le concedió el expresado permiso por real órden de 12 de Setiembre de 1802, y consta el hecho que referido deajo, en la relacion que la real Audiencia hizo en 9 de Noviembre de 1808, que se halla en el archivo general. La defraudacion está probada en el proceso de reincidencia de que se hablará á su debido tiempo.



ESTÁTUA DE CÁRLOS IV.

miento de Celaya que hiciese corridas de toros para construir con su producto el magnífico puente, levantado sobre el río de la Laja, por el notable arquitecto mejicano D. Francisco Tresguerras.

De vuelta á Méjico, el virey escribió al ministerio manifestando lo conveniente que seria para el aumento de la riqueza minera, activar los envíos de azogue, quedando á reserva la octava parte del que se remitiese, para el caso de que se dificultase mas adelante su envío, por motivo de alguna guerra con Inglaterra ó Francia. Decia que á la mina de Valenciana se le debia repartir cinco mil quinientos quintales; cantidad notable que da á conocer el extraordinario grado de riqueza á que habia llegado la expresada mina.

Un acontecimiento notable para el bello arte de la escultura, presenciaron los habitantes de Méjico en esos dias. Era el 9 de Diciembre de 1803, y la poblacion entera acudia á la plaza principal. La estatua ecuestre de bronce de Carlos IV, hecha por el distinguido escultor español D. Manuel Tolsa, iba á ser colocada sobre el pedestal en que habia estado interinamente la de madera. Era una obra maestra en el arte. El metal que se fundió pesaba seiscientos quintales. La altura total, formada por el ginete y el caballo, es de cinco varas y veinticuatro pulgadas. En el vientre del último cupieron holgadamente veinticinco hombres, que entraron por una puerta que exprofeso se dejó en la parte superior del anca para extraer el herraje y los demás materiales que componian el alma. Conducida la colosal estatua á la plaza, fué colocada sobre el elevado pedestal en el corto espacio

de siete minutos. El costo de ella lo dió el marqués de Branciforte, que fué el que mandó hacerla durante su vi-reinato. El ilustre baron de Humboldt, que se hallaba á la sazón en Méjico, presenció el acto solemne. La obra llamó notablemente su atencion. Al hablar de ese magnífico monumento de las artes, dice que, «exceptuando la estátua de Marco Aurelio de Roma, sobrepuja en hermosura y pureza de estilo á quanto de este género queda en Europa.» La colocacion se celebró con la misma solemnidad que cuando se puso la provisional. La única diferencia consistió en un acto de cariño que el arzobispo verificó cuando se puso la de bronce. El bondadoso prelado vistió doscientos niños pobres que sacó de las escuelas de las parroquias de Méjico y les dió un duro á cada uno: el oidor Mier les obsequió con un banquete, y por la tarde los llevó al paseo acompañado de su virtuosa mujer D.^a Ana María Iraita que les regaló un tejo de oro del peso de quince marcos (1).

(1) El laborioso escritor mejicano D. Carlos María de Bustamante, al hablar de esa estátua, de cuyo mérito artístico hace justos elogios, censura que al caballo le hayan colocado pisando un carcaj y el águila. Cree que «esta era una señal de desprecio hácia los hijos de la América, á los cuales se trataba de irritar aun en los regocijos públicos.» No es justa la acusacion, pues parte de una idea equivocada, aunque vertida con la mejor buena fé. En los intereses mismos del gobierno vireinal estaba el procurar tener gratos á los hijos de la América, y evitar toda manifestacion que pudiera herirles, y mucho mas cuando esa manifestacion hubiera pecado de imprudente por innecesaria. Muy lejos estuvo de su mente, al colocar la estátua en la actitud que tiene, que algun día se le pudiera dar á uno de sus detalles una interpretacion que entonces nadie le daba y que envolvia un pensamiento muy opuesto al que despues le han dado, con sincera conviccion, aunque equivocadamente algunos

1804. Aunque el virey Iturrigaray poseía un corazon bueno y se hacia querer por su afabilidad, tenia el

escritores, pasando así á ser tenida por una verdad en la mayor parte del pueblo. Los españoles residentes en el país sabian, lo mismo que sus ilustrados descendientes, que lo que entonces era Nueva-España, habia sido, antes de la conquista, un país en que la nacion mejicana solo la formaba la capital, y que desde las poblaciones mas cercanas, como Tacuba, Azcapozalco, Coyohuacan, Xochimilco, Cuitlahuac, Chalco y otras innumerables que sería prolijo enumerar, hasta las mas distantes de la costa habian sido naciones diversas, conquistadas por los mejicanos, que fueron los últimos que llegaron al Anáhuac. Sabian que todas esas naciones enemigas de los mejicanos, que no tenian por bandera el águila, se unieron á Hernan Cortés, para sacudir el yugo de los emperadores aztecas, como pudieran hoy unirse á la actual república mejicana algunas tribus comanches contra alguna otra que las oprimiera; y sabian, por último, que los mismos mejicanos, los de pura raza indígena, se manifestaban contentos de que hubiesen sucedido á los tiempos de los sacrificios humanos y del carcaj y las flechas, los de una civilizacion benéfica en que veian enriquecido el país con frutos, animales y semillas que no conocieron sus antepasados. La unificacion de esas diversas naciones se realizó bajo el pabellon español que adoptaron espontaneamente, como propio, las principales naciones del Anáhuac, unas para sacudir, como he dicho, el yugo de los mejicanos, y otras como Tlaxcala y Michoacan, porque se veian precisadas á sostener continuas y sangrientas guerras con el imperio azteca que aspiraba á su conquista. Por eso vemos que el cura Hidalgo, en todas sus proclamas llamando á las armas á los habitantes de las diversas provincias de la Nueva-España, usa la palabra «Americanos,» abrazando así á todos los lugares que antes de la conquista formaron otras tantas tribus enemigas entre sí, y nunca con el de «Mejicanos,» con que solo se designaba una sola provincia. Respecto de la raza blanca que forma el núcleo de la actual sociedad mejicana, no podia haber ofensa para ella, puesto que no existió antes de la llegada de Hernan Cortés, y por lo mismo no tenia, por entonces, otra bandera que la española, que era la que habia operado la unificacion del país entero. El apreciable escritor á que me refiero no ha estado acertado por lo mismo, al creer que se habia tratado de ofender á los nativos del país al colocar un carcaj y una águila bajo uno de los piés del caballo, ni tuvo tampoco presente que, siendo hijo de español, y de raza, por lo mismo, que no existió en Anáhuac antes de la ida de Cortés, se apartaba de la verdad histórica al pretender aparecer como descendiente de raza pura, de los indios vasallos de Moctezuma cuando se juzga ofendido de que al caballo se le hubiese presentado pisando «el águila y carcaj,